

son tan considerables, que en 1518 un negro, hijo del jefe de Banza-Congo, enviado a Roma, fué allí educado, y se le halló tan inteligente, tan fiel, tan instruído, que León X no vaciló en ordenarle de sacerdote, y consagrarle Obispo, y confiarle la Iglesia del Congo. Fué el primero... y ¡ay! el último Obispo negro! El malogrado no volvió a ver su país natal: murió prematuramente en Europa. Pero el hecho me ha parecido demasiado excepcional para no citarle. Con él puede responderse a la pretendida incapacidad intelectual de las razas negras.

En 1547 abordan a la desembocadura misma del Congo, el Zairo de entonces, los primeros misioneros Jesuítas. Se establecen en Pinda, en la ribera izquierda, casi en frente de Ponta da Lenha, entre Banana y Boma. De allí, en 1557, pasaron a Angola y San Paulo de Loanda. Sería fastidioso seguirles por más tiempo, apartándonos de nuestro asunto. Me bastará consignar que su acción, alentada en principio, por la corte de Lisboa, se vió en realidad incesantemente trabada, combatida, siempre expuesta, y con frecuencia arruinada por la turba de blancos atraídos allá por el aliciente de los beneficios que les prometía el horrible pero enriquecedor comercio del ébano vivo. Portugal tenía necesidad de brazos para su gran colonia del

Brasil y acudía a robarlos y adquirirlos allí. «Ese reino, dice Agustín Cochín, ha tenido casi exclusivamente en sus manos el continente negro; y ha sido sin provecho ni para aquel desgraciado país, ni para la metrópoli, ni para la humanidad».

Y sin embargo, aquellos pobres negros amaban a sus sacerdotes blancos. En 1608, una comisión de negros, salida de San Salvador, vino hasta Roma a pedir al Papa socorro: «Pasa, pasa, y ven a socorrernos». Su jefe, hermoso negro de treinta y cinco años, que hablaba muy bien el portugués y el español, pidió una audiencia al Papa; mas al poco de su llegada cayó enfermo... el Papa le hizo alojar en el Vaticano, y sabiendo que su estado se agravaba y que el pobre negro no podría ir hasta él, descendió él mismo, el Papa, Paulo V; fué a sentarse a la cabecera del moribundo y con su mano augusta le bendijo para el gran viaje de la eternidad.

Visitad a Santa María la Mayor; en la capilla de Sixto V, el negro suplicante reposa bajo una lápida de mármol que le ha hecho poner el Padre de los fieles con esta inscripción:

Primo regis Congi ad Apostolicam Sedem oratori.

«Al primer embajador del rey del Congo a la Sedé Apostólica».

Cuando, bajo la presión de las cortes, Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús, tal vez no se advirtió este pequeñísimo lado de la cuestión: un puñado de Jesuitas lanzados de allá lejos y repatriados a Europa para entrar aquí en la vida secular. En realidad, este pequeñísimo lado de la cuestión encubría todo esto: la civilización en África retrocediendo un siglo!

«Yo he visto entre los Mouchi Rongos, dice el teniente Van de Velde, una cabaña que servía de iglesia, donde se conservaban antiguos vasos de altar, de plata maciza, muy artísticamente cincelados. Un negro cuidaba de ellos, y daba la bendición con un gran crucifijo, y con escrupulosa regularidad tocaba al Angelus a las horas señaladas».

Livingstone visita en Bango un antiguo convento de Jesuitas; y en él encuentra la iglesia, el jardín y los dormitorios en muy buen estado. El jefe Bango habita al lado y guarda aquellas ruínas, pero no se atreve a dormir en ellas ni a hacer de ellas su morada, por no sé qué consideración respetuosa. Todo el pueblo venera todavía aquellos sacerdotes de antaño, de los que no se conserva más que el recuerdo transmitido de padres a hijos. No hay un nombre sobre sus tumbas, pero los montecillos mudos que cubren

sus cenizas están cuidados y cubiertos de flores por aquellos pobres negros fieles.

¡Dejemos ese triste pasado!

Preciso es confesarlo, Señores, no sin vergüenza; no hemos sido nosotros los primeros en reanudar la evangelización del Congo, ni aun en los límites de las posesiones belgas. Ingleses protestantes y sacerdotes católicos franceses nos han cogido la delantera.

Los Padres del Espíritu Santo, los de la Sociedad Africana de Lyon, los Padres Blancos de Argel, los Padres Oblatos de María, han dado allí los primeros pasos.

Un decreto de la Propaganda ha confiado después el Congo belga a los misioneros belgas, y los primeros de los nuestros en marchar allá han sido los valientes sacerdotes de Nuestra Señora de Scheut; después algunos miembros de la diócesis de Gantes y Hermanas de la Caridad, luego jesuitas, trapenses y Hermanas de Nuestra Señora. Hasta una Congregación franciscana de mujeres se ha fundado con el patético nombre de Hermanas del Congo.

A estas horas hay en tierra congolosa treinta y cinco misiones con ciento quince misioneros

católicos; y, por desgracia, casi otras tantas misiones y otros tantos misioneros protestantes.

A esos misioneros católicos vosotros los habéis visto partir y habéis sido testigos de sus despedidas... Procuraban sonreír y contener las lágrimas... Amaban su sacrificio, y le hacían gozosos y esforzados; pero qué tortura en sus almas. Por darse a Cristo, no se despoja uno de su corazón.

Y ¡qué desgarramientos en aquellos corazones sobre el puente de aquellos grandes navíos, en que están nuestros valientes, y a donde les siguen sus hermanos en religión y sus parientes y amigos para darles el último adiós, y que dentro de poco, al son del himno nacional, van a levar el ancla y partir!

En la última expedición de nuestros misioneros, estaba allí un anciano padre acompañando a un hijo suyo que iba a partir, y en derredor del padre otros cuatro hijos, un jesuíta, un carmelita, un sacerdote secular y el primogénito, casado y que llevaba la mano a un niño hijo suyo... Llegó la hora; por última vez el padre abrazó al misionero que partía; pero desprendiéndose éste de sus brazos, postróse de rodillas a sus pies y pidió la última bendición al venerable anciano. Cayeron de rodillas los otros cinco, y el anciano padre, de pie, en me-

dio de la corona de sus hijos, levantó los brazos y los ojos al cielo, e hizo descender sobre ellos aquella bendición, sobre la cual no hay otra que la bendición de Dios.

Yo he visto partir a nuestras primeras religiosas. Eran siete aquel día... su joven superiora no pasó la planchada que conducía al buque sola; guiaba dulcemente, como se hace con un niño, a su anciana madre. ¡Oh! ¡qué miradas las de aquella madre sobre aquella hija que se le iba! ¡Cómo la devoraba con la vista, sintiendo que ya no la volvería a ver más!... No la hablaba, pero sin cesar la llamaba por su nombre, con aquel diminutivo nombre de la infancia, con que la llamaba cuando la tenía sobre sus rodillas...

El estridente gemido de la sirena dió la señal lúgubre... Era la hora; la madre, sollozando, se arrojó al cuello de su hija y por largo tiempo la tuvo entre sus brazos apretándola contra su corazón... Al fin se separó, alejándose... pero volvió otra vez, no acertando a marcharse de allí. Y cuando algunos amigos la retiraron, y el navío soltó sus amarras y levó anclas, ella de pie, en el muelle, inclinada hacia adelante como para seguir a su hija, con sus arrugadas y temblorosas manos, no cesaba de enviarla todavía besos.

Suele Jesucristo demandar en sacrificio la sangre de los corazones, y entre los que le conocen y le aman, nadie se admira; sabiendo que Él ha dado su vida por nosotros, sabemos que también nosotros debemos dar la nuestra por nuestros hermanos.

Pero, permitidme que os lo diga, hay para el alma una sensación que la hiere vivamente: y es, cuando tantos corazones generosos, oficiales, soldados, ingenieros, misioneros, religiosos y religiosas dan a la gran causa de la civilización africana, como se da una gota de agua, su corazón, su sangre y su vida, oír tratar esas cosas como si no hubiera en ello más que una cuestión de azúcar ó melaza.

«¡Ahl exclama M. de Haulleville después de haber contado la vida y la muerte de una admirable Hermana de la Caridad, Sor Godelieve, muerta en aquellas tierras en lo más florido de su juventud y en el apogeo de su vigor, ¡ahl ¿qué somos nosotros, nosotros ricos ociosos, burgueses enteramente ocupados en negocios materiales, ambiciosos políticos? Nosotros discutimos tesis, formulamos programas, discurrimos con más o menos elocuencia sobre las condiciones de la felicidad. Pero ¿qué hacemos? ¿Cuáles son nuestros actos? ¿Contribuimos con nuestra persona? ¿Contribuimos siquiera con

nuestro bolsillo, como convendría hacerlo? ¡Ay! no, nosotros no sabemos ni sacrificar siquiera nuestro amor propio al triunfo de la verdad íntegra. Nos contentamos con la práctica rutinaria del cristianismo, complaciéndonos en ponderar su poder y eficacia en las almas de los demás.

«¿Qué viene a ser nuestra virilidad ante la vida y la muerte de una mujer como la Hermana Godelieve? Un asunto de broma. Tenemos la pretensión de consagrarnos a la salud del Estado y aun de la sociedad moderna, y no nos preocupamos de la salud de las almas. Esa humilde hija de Poperinghe nos avergüenza.

»Duerme en paz, oh mujer heroica, revestida de tu hábito blanco en medio de los negros a quienes has hecho sentir materialmente la obra de la redención, y ruega por los que te han comprendido y te han amado. ¡Oh, piadosa! ¡oh santa Hermanita Godelieve! ¡rogad por nosotros!»

Y ahora voy a deciros lo que hacen allí nuestros misioneros.

Primeramente prestan a los blancos los servicios de su ministerio; pero su principal trabajo se dirige a los negros. Habiendo la experiencia de lo que sucede en las regiones polígamas

dado a conocer la especial dificultad que ofrece en esos países la conversión de los adultos, se ocupan sobre todo en educar a los niños.

Solo en el distrito de Kwango—hablo de éste no porque excluya a los otros sino porque me es más conocido y tengo acerca de él cifras precisas—hay actualmente confiados a los Padres quinientos noventa y ocho niños, y a las religiosas ciento treinta y nueve niñas.

Se les instruye, no de modo que salgan bachilleres, sino buenos obreros y buenas obreras.

Se les da, además de la instrucción religiosa, un conocimiento de francés suficiente para entrar en relaciones con los blancos, y un poco de cuentas.

Después, a los niños se les enseña a cultivar la tierra, a trabajar en obras de albañilería, de carpintería y de herrería, a cocer ladrillos y tejas y a edificarse una casita, etc.

A las niñas se las enseña a coser, a lavar, a repasar la ropa, a cuidar de un jardín y a cocinar, lo cual es sencillísimo en el Congo.

Completada ya la educación, se les casa; lo cual es también allí muy sencillo, porque no hay que pensar en cuestión de dotes, y los equipos de boda no son muy dispendiosos.

A este joven matrimonio se le hace en las cercanías de la Misión una casita a la europea,

con un huerto y campo de cultivo y un jardincito.

Este es el elemento primero, la célula de ese organismo que llegará bien presto a ser una aldea cristiana.

Ese negro, por su ejemplo y por su predicación,—sí, porque estos negros predicán, y con una facilidad y una facundia, que ha hecho decir a un oficial que si los congolese estuvieran en Europa serían todos abogados,—ese negro se hace catequista, siembra a su vez la buena palabra... y el Evangelio, pasito a paso, va invadiéndolo todo, conquistándolo y reinando.

¿Los resultados?

Primeramente, en cuanto al Rwango, cuya evangelización sólo data de hace cuatro años. Hay tres estaciones:

Kimuenza; colonia esencialmente agrícola, dirigida por tres Padres y seis Hermanas de Nuestra Señora.

Cuenta trescientos indígenas, doscientos once niños y ciento treinta niñas y veinte jóvenes matrimonios agregados a la colonia.

En los alrededores de Kimuenza hay dos capillas donde cada cuatro días hace el catecismo un Padre. Asisten a él regularmente unos ciento cincuenta indígenas al menos.

Ki Santu cuenta ciento ochenta niños, tres

jóvenes matrimonios obreros y cuatrocientos quince sirvientes negros. Cuidan de la estación tres Padres y un Hermano... Por allí han empezado los desmontes y demás trabajos para el ferrocarril, y se espera que la vía se halle terminada para Mayo de 1898.

Hay catorce catequistas al servicio de la estación y diseminados por los alrededores. Cada uno de ellos tiene a su cargo tres o cuatro aldeas, y en ellas tienen capillas, que un Padre visita sucesivamente y dice la misa en ellas. Los catequistas mismos se reúnen en Ki Santu todos los sábados.

De esta suerte son evangelizadas cincuenta y tres aldeas por la estación de Ki-Santu; las dos terceras partes de los habitantes próximamente asisten a las lecciones y las siguen con un resultado consolador.

N'Dembo, la estación más reciente, cuenta dos Padres, un Hermano, y seis Hermanas de Nuestra Señora.

Cuida esta nueva estación de ciento cincuenta negritos y veintidós negritas, y algunos catequistas de ella evangelizan a treinta y dos aldeas.

Pues bien, Señores, ante estos resultados no vacilo en decirlo: ninguna misión en el mundo ha producido tan rápidos y tan felices frutos.

Cerca de cincuenta años hace que los Jesuitas

belgas evangelizan la Bengala oriental, en la India inglesa. Hay allí actualmente unos ciento cincuenta. Jamás en ese período ya largo, aparte de unos pocos años en que un hombre, único, providencial, comparable a Francisco Javier, el P. Lievens, cosechaba las almas por treinta mil, poco más o menos, anualmente, jamás, repito, hemos visto en las Indias la predicación del Evangelio recogiendo tantos laureles.

Y lo mismo es en los otros distritos del Estado:

En Moanda, se cuentan ciento treinta y cinco bautizados y siete jóvenes matrimonios.

En Boma, doscientos cuarenta bautizados.

En Berghe Sainte-Marie, cuatrocientos.

En Luluabourg, mil quinientos, y una aldea de sesenta familias cristianas.

En Tanganika, cuatro mil bautizados.

De Nueva-Amberes nos faltan detalles.

Sumad, Señores, y veréis,—como lo decía hace tres meses la Revista de las Misiones Católicas,—pero estas noticias no se publican en los diarios políticos,—veréis que el Congo belga cuenta hoy día cerca de veinticinco mil cristianos, bautizados o catecúmenos.

Y ahora dejad volar vuestros pensamientos más allá de los grandes mares.

Era el 15 de Agosto último.

Ved sobre las alturas de Kimuenza, en los grandes bosques de palmeras cabelludas, a través de la red «de lianas lloronas», ved esa senda roja bordada «de ananas abundantes» como la yerba. Bajo el peso de sus frutos, los bananeros se encorvan, como para hacer robre el sendero una bóveda de sombra perfumada. Los pájaros cantan haciendo estremecer sus alas resplandecientes de esmeraldas y zafiros, las mariposas de azul y oro revolotean entre las flores...

¿Oís esos clarines?... Y entre el penetrante sonido de sus notas agudas, aljofarada la nota de las campanillas argentinas?... ¡Oh! Señores, qué espectáculo!

¡La primera procesión en el país negro!

Un pequeño grupo de negros llevaba la cruz y los ciriales... Detrás venían dos largas filas de negritas, con taparrabos de color de rosa, arrojando flores... y al fin los mayores llevaban la estatua de la Santísima Virgen. ¡Oh! la Virgen! el lirio de la tierra, la Reina de las almas castas, la Inmaculada, en medio de aquella África, tierra de carne y de sangre, madre de la esclavitud vergonzosa y de las servidumbres infames.

Después venía la colonia negra, entrecortando nuestros cánticos sagrados con sus cánticos ferrientes en lengua del país... Las tropas del Es-

tado daban la guardia y cubrían la carrera, y de grupo en grupo, con su rosario en la mano, pasaban radiantes de júbilo bajo su velo blanco, otras blancas y santas criaturas, nuestras religiosas.

En fin, entre nubes de incienso, bajo el pabellón de los bosques y florestas inclinadas avanzaba el preste llevando en sus manos la custodia de oro con el Santísimo; y sus lágrimas rodaban silenciosas, dulces, bienhechoras, fortificantes, porque sentía que por primera vez, el Rey de cielos y tierra, Jesucristo, a quien llevaba en sus manos, tomaba posesión de su reino, y «de aquel pueblo, de aquel gran pueblo que le había llamado allá!»

Pero me diréis: ¿no se halla sujeta a mil trabas y en gran parte impedida la evangelización de los negros por la acción y el ejemplo de los residentes blancos? ¿tiene más temibles enemigos el misionero que sus hermanos de Europa?

Allá voy, Señores, pues me resta responder a las objeciones corrientes, insustanciales en su mayor parte, que suelen oponerse contra la colonización del Congo.

Se ha hecho un poco de moda el decir, tanto a los agricultores, como a los maestros, así a

los ínfimos empleados, como en general a todos los necesitados que tienden su mano al presupuesto: «Hay que gastar millones en eso del Congo; no queda nada que daros a vosotros».

Preciso me es, aunque me repugne, hacerme cargo de esos dichos.

La construcción del ferrocarril exigió un primer empréstito de veinticinco millones. El Estado belga se suscribió a él por diez millones. Esto era en 1889.

* Se juzgó necesario un nuevo empréstito en 1893. Y el Estado belga, si no estoy equivocado, se volvió a suscribir por otros diez millones.

Pero téngase bien en cuenta, esto no era ni un donativo, ni un subsidio. Era un préstamo con garantía. Y la garantía era el ferrocarril mismo, cuyo éxito nadie pone ya en duda. El Estado, pues, ha hecho un buen negocio.

En la hipótesis en que la Bélgica volviera en 1900 a tomar el Congo, esta colonia le costaría veinticinco millones; pero esta suma sería verdaderamente irrisoria comparada con un inmenso país cubierto de estaciones y elevado a un grado de cultura a que jamás subió ninguna colonia naciente, admirablemente provisto de los utensilios convenientes para la explotación inmediata de sus incomparables riquezas.

Esta suma la pagamos anticipadamente: cinco millones se han pagado en el momento del empréstito; después se van pagando anualidades de dos millones, la décima de las cuales, que ha de pagarse en 1900, completará los veinticinco millones. Repartiendo esta suma tan retumbante y sonora, se llegue a este resultado sorprendente, que el volver a tomar el Congo habrá costado a cada belga cuatro francos y diecisiete céntimos, y como se habrán empleado diez años en pagarlos, habrá tenido que pagar próximamente cuarenta y dos céntimos por año.

Si no volviéramos a tomar el Congo, este Estado tendría que pagar a la Bélgica en diez anualidades la suma que se le ha anticipado. La Bélgica perdería entonces los intereses de sus anticipos, es decir, seis millones. Un franco por cada uno de nosotros.

He ahí, Señores, reducido a sus proporciones verdaderas lo de los millones arrojados al minotauro.

Pero ¿no había en nuestro país otras empresas más útiles y urgentes en que gastar ese dinero?...

¿Cómo responder a esta pregunta? Ante los soberbios trabajos de la estación de Amberes cuántos bravos aldeanos de las Ardenas no ex-